

sudario que tejía el invierno ruso para enterrar el orgullo de Francia

De trecho en trecho, el camino iba sembrándose de pequeñas eminencias que, encarnadas al principio, se blanqueaban poco á poco: aquellas eminencias eran los cadáveres del ejército.

En medio de aquella marcha, cegados á un tiempo por los metrallazos y por la nieve, fueron á chocar contra una masa negra y espesa: era otra columna rusa. —¡Altol! ¿Quién sois?—gritó el general que mandaba aquella columna. —¡Fuegol!—dijo el mariscal.

—Silencio!—exclamó un prisionero polaco recién libertado.

Y, adelantándose:

—¿No nos reconocéis?—dijo en ruso —Somos del cuerpo de Uvaroff, y estamos envolviendo á los franceses, que están encerrados en el barranco.

El general ruso se contentó con la respuesta y dejó pasar —tanta era la obscuridad que proyectaba la nieve y tan grande el desorden que producía aquella metralla—, y dejó pasar á la columna francesa, que no hizo alto hasta dos leguas de allí, en el campo de batalla del príncipe Eugenio.

Sólo entonces se halló fuera del alcance de los cañones rusos y de la vista del mariscal.

XIV

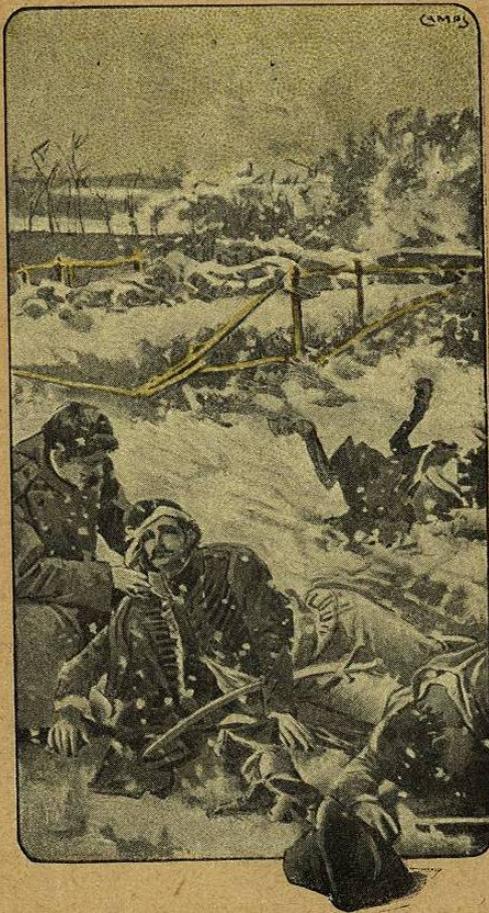
La confesión

Entre los heridos que quedaron rezagados había el capitán Pablo Richard: un casco de metralla le había roto el muslo, matando al propio tiempo el caballo. En medio del desorden, había caído sin que su hermano lo notara; pero del mismo modo que de minuto en minuto los ojos de Pablo buscaban á Luis, también de minuto en minuto los ojos de Luis buscaban á Pablo. Luis advirtió bien pronto que su hermano no estaba allí y se informó: un alemán le había visto caer con su caballo.

Luis andaba á pie, y se volvió corriendo hacia atrás, llamando á Pablo con todas sus fuerzas.

Una voz le respondió.

En medio de la densa nevada que caía, se encaminó



hacia el sitio de donde partía la voz: empezaba á formarse ya una eminencia que cubría un caballero y un caballo. Pablo había caído, con la pierna sujeta por su montura; y, no pudiéndose ayudar con su pierna rota, esperaba tranquilamente la muerte, cuando llegó á su oído la voz de su hermano. Con fuerza sobrehumana Luis levantó el caballo, que era ya cadáver, y libró la pierna de su hermano; luego lo levantó, lo tomó entre sus brazos como un niño y probó de llevarlo.

Pero, haciéndole comprender Pablo la imposibilidad de seguir á la columna de aquel modo, le dejó sentado encima del cadáver del caballo y echó á correr en busca de sus compañeros.

Pablo sacó las pistolas del arzón y se aprestó á levantar la tapa de los sesos á los dos primeros cosacos que se le acercaran.

Luis alcanzó la columna, que iba ametrallando la artillería rusa, y se mezcló á las filas de la caballería. Quedaban unos ciento cincuenta caballeros. El primero que cayó muerto soltando las bridas, las soltó en las manos de Luis, que sólo aguardaba aquella ocasión; ayudóle á caer de la silla, y, saltando en su lugar, volvió grupas hacia el ejército ruso, y deshizo por segunda vez el camino andado.

De vez en cuando se detenía y gritaba con todas fuerzas: había contado con un enorme abeto que debía servirle de guía; pero los copos de nieve formaban ante sus ojos una red tan espesa, que á diez pasos de distancia era imposible divisar nada. Y continuó llamando: por segunda vez una voz respondió á la suya, y se dirigió hacia la voz.

La artillería seguía disparando; pero la miseria y el frío eran tan grandes, que ningún caso se hacía de las balas y la metralla. ¡Dichosos los que quedaban muertos en el acto! Lo temible era la nieve, era el frío, eran los lobos que acudían á comerse los heridos medio muertos.

Llamándose mutuamente, los dos hermanos llegaron á encontrarse.

Luis tomó de nuevo entre sus brazos á Pablo, y lo subió al caballo. Sea dominio de sí mismo, sea que el capitán no sintiera su pierna rota, no exhaló ni una queja. Luis tomó la brida del caballo, Pablo se agarró al pomo de la silla, y se fueron en seguimiento de la columna francesa.

Durante una media legua —del mismo modo que en los cuentos de hadas algunos guijarros indican á los niños extraviados la senda—, los cadáveres, ó, más bien, las

eminencias y las huellas de sangre, indicaron la pista de la columna.

Pasada media legua, ya no había más que sangre: era la de los heridos que habían podido proseguir el camino, y que iban dejando sus huellas; luego, la sangre, cubierta por la nieve, desapareció á su vez.

Estaban fuera del alcance de las balas rusas; hubo que abandonarse al azar.

Al cabo de dos horas, el caballo, que no había comido desde Smolensko, empezó á tropezar á cada paso, hasta que, por fin, cayó. A fuerza de golpes, Luis le obligó dos ó tres veces á levantarse.

Entonces Pablo suplicó á su hermano que le abandonara; estaba sano y salvo, y, envuelto en una buena capa, y añadiendo la piel de oso que cubría á su hermano, podía alcanzar la columna y salvarse con ella, si lograba salvarse al cabo; pero Luis levantó los hombros.

—Hermano,—dijo,—ya ves que el mariscal hace una falsa marcha; dejará al ejército de Kutusoff el tiempo de retirarse, y luego volverá sobre sus pasos, atravesará el Dnieper, que debe estar helado, y alcanzará al ejército francés en Liady ó en Orcha.

Pablo, á su vez, meneó la cabeza.

—Y ¿cuándo crees que la columna se volverá atrás?

—Esta noche ó mañana de madrugada, lo más tarde,—respondió atrevidamente Luis.

—Entonces hagamos un pacto.

—¿Cuál?

—¿Te comprometes por tu honor á mantenerlo?

—Habla.

—Acepto tu ayuda hasta mañana por la tarde; si la columna no vuelve á aquella hora, ¿me prometes abandonarme?

—Veremos.

—Mañana por la tarde ¿me abandonarás?

—Pues, bien: sí,—respondió Luis, para quebrantar la resistencia de su hermano;—queda convenido.

—La mano.

—Aquí la tienes.

—Haz lo que quieras de mí hasta mañana.

Luis dió una ojeada á su alrededor: un ejército—probablemente el del príncipe Eugenio—había vivaqueado allí; una barraca, una sola, permanecía de pie todavía en aquel desierto; sin duda sirvió de abrigo al virrey. Luis

tomó entre sus brazos á su hermano, lo dejó en el paraje más profundo de la cabaña, y salió para buscar leña.

Algunos abetos desmembrados, tristes, blancos como fantasmas, se elevaban de cuando en cuando; muchos habían sido derribados por las balas de cañón. Luis tomó un enorme brazado y lo llevó á la cabaña; luego recogió algunas briznas de paja amontonadas en un rincón del vivac.

Pablo comprendió la intención de su hermano, y para encender lumbre le ofrecía una de sus pistolas; pero Luis le indicó que las guardara: eran una defensa suprema contra los lobos, que tal vez les visitarían por la noche, y contra los cosacos, que ciertamente irían á visitarles al día siguiente.

Se dirigió en seguida al caballo, que había caído, y examinó los arzones, en los que encontró, además de un par de pistolas, pólvora y balas en un saquito.

Y regresó contento con su hallazgo.

El herido le seguía con los ojos con profunda ternura. Para tranquilizar á su hermano, Luis aparentaba tranquilidad, casi alegría. Sacudió la nieve de las resinosas ramas, hizo con ellas un montón en medio de la cabaña, otro montón en un rincón, colocó bajo las ramas toda la paja que pudo recoger, sacó del bolsillo un resto de papel, envolvió una carga de pólvora, descargó con el sacatrapos de la baqueta una de las pistolas, dejó solamente media carga de pólvora sin taco, aproximó el cañón al papel y apretó el gatillo de la pistola, que dió una llama sin explosión. La llama prendió fuego á la pólvora envuelta en el papel, y éste se encendió en seguida.

Entonces Luis aproximó la boca y sopló; el papel y la paja inflamáronse luego, y después, con mayor resistencia, las ramas de abeto.

Cinco minutos después ardía el montón; sólo había que cuidar de que no se apagara.

—Y ahora,—dijo Pablo,—¿qué vamos á comer?

—Espera,—respondió Luis.

Y se fué hacia el caballo, para cortar un pedazo con el mismo puñal de Tula que le había dado su hermano, y que tan bien le había servido para desembarazarse de los rusos; pero el pobre animal no estaba muerto aún, y como si presintiera lo que le iba á pasar, hizo un esfuerzo, se levantó, se arrastró hacia la hoguera, entró en la cabaña y se puso á comer los brotes verdes de abeto.

—¡Ah, goloso!—exclamó Luis.

Pero no tuvo valor para matarlo; y por otra parte, Pablo se opuso: si podía restituírse á la pobre bestia algunas fuerzas, podría utilizársela al día siguiente.

Luis salió á la descubierta, dejando á su hermano una calabaza en la que quedaban algunas gotas de aguardiente. Encontró un alerce, de ramas menos amargas que el abeto; cortó el árbol entero, y volvió, arrastrándolo hasta la cabaña. Los brotes más tiernos sirvieron de forraje para el caballo; las ramas y el tronco fueron reservados para alimentar el fuego.

Y llegó la noche.

—Y con todo esto, —preguntó Pablo, —¿qué comeremos?

—Está tranquilo, —dijo Luis, —tengo mi proyecto.

De pronto, de cuatro ó cinco lados á la vez, partieron algunos aullidos.

—¡Toma!—dijo Luis. —¡Ahí está nuestra cena que viene hacia nosotros!

Al cabo de un instante vieron pasar por la nieve algunas sombras negras; á veces alguna de aquellas sombras se volvía mirando el fuego, y como si la llama se reflejara en sus ojos, éstos lanzaban rayos. —Comprendo, —dijo Pablo: —¿matarás al primero que se acerque á la cabaña?

—Precisamente.

—Toma mis pistolas; son de Versalles y valen más que las tuyas.

—¡Quiá! Los cosacos rondan seguramente por aquí cerca: oírían el tiro y acudirían.

—¿Qué vas á hacer, pues?

Luis se envolvió el brazo izquierdo con la piel de carnero de la silla del caballo —el cual, después de haber comido los brotes de alerce, se había tendido en un rincón de la cabaña—, tomó luego el puñal con la derecha, se hizo atar la muñeca con su pañuelo, y fué á colocarse detrás de un tronco de árbol, á diez pasos de la cabaña.

No transcurrieron cinco minutos, cuando un enorme lobo, habiéndole olido, iba á colocarse á seis pasos de Luis, mirándole con inflamados ojos y rechinando los dientes.

Luis se dirigió al lobo: éste retrocedió, pero lentamente, sin huir, con los ojos siempre clavados en el joven oficial, y pronto á lanzarse sobre él si desgraciadamente daba un paso en falso.

De pronto, parecióle á Luis que la tierra faltaba á sus pies, y que caía en un abismo de nieve.

En efecto: acababa de hundirse en un barranco: la nieve, que no había cedido bajo las ligeras patas del lobo, se había hundido bajo sus pies.

Al mismo tiempo, le pareció que un peso oprimía su cabeza, y que unos agudos dientes se clavaban en su hombro. Instintivamente, levantó el brazo armado del puñal, y sintió en seguida que le soltaban los dientes del lobo, y que se deslizaba por su rostro un licor caliente: acababa de hundir el puñal hasta el mango en el pecho del animal.

La lucha fué de suprema angustia.

El lobo quiso huir; pero aun no hubo andado diez pasos, quedó tendido y ensangrentado en la nieve; en cuanto á Luis, mientras forcejeaba, sus pies habían roto una capa de hielo, y había metido la pierna en el agua hasta la rodilla.

Precisaba ganar la llanura subiendo el barranco; merced á su puñal, con el que se apoyó hundiéndolo en el ribazo, pudo lograrlo. Corrió hacia el lobo, que al verle trató en vano de huir, y, agarrándole por las patas traseras, lo arrastró hasta la cabaña.

—¿Qué tal?—preguntó Pablo.

—¿Qué tal?—dijo Luis. —¡Que aquí tienes, sin contar la piel, un asado como más de un rey, más de un príncipe y más de un mariscal de Francia, no tendrán esta noche para cenar!

—¿Y esta sangre de que estás cubierto?

—No es nada; es la del lobo.

En realidad, con la del lobo se mezclaba alguna suya, pero Luis no lo dijo.

Desolló y abrió el lobo, y después cortó el lomo. Por fortuna, desde la retirada del ejército francés, los lobos habían engordado.

Después Luis separó de la hoguera un puñado de brasas, extendió encima la carne sangrienta, y, volviéndose á su hermano:

—¿Qué te parece de mi asado?

—¿Que preferiría un vaso de agua!—murmuró el herido.

—¡Quedarás servido cumplidamente, hermano!

Y sacando una de las fundas de cuero del arzón, introdujo en ella siete ú ocho balas de plomo, la suspendió de los cordones destacados de su uniforme, y se fué al ba-

rranco, hizo deslizar la bolsa hasta el riachuelo del que había roto el hielo con los pies, y la sacó llena de agua.

Una manada de lobos le seguía; si hubiese dado un paso en falso, hubiera sido devorado sin remisión. La carne asada, cuyo humo se extendía alrededor de la cabaña, había atraído aquellos animales, de un cuarto de legua á la redonda.

Luis regresó sano y salvo, y dió la bolsa llena de agua á su hermano, que la vació de un trago, como si hubiese sido un vaso ordinario. Luis volvió al barranco, pero llevando esta vez en la mano un tizón ardiendo. Algunos de aquellos rugientes merodeadores le habían olido tan de cerca al retirarse la primera vez, que creyó indispensable tomar aquella precaución. El tizón los mantuvo á distancia, y, como la primera vez, Luis regresó sano y salvo.

No había temor de que los lobos asaltaran la cabaña. En tanto ardiese la hoguera, no se atreverían á acercarse, y Luis había recogido leña bastante para mantener el fuego hasta el día siguiente.

Hecha ya la provisión de leña y de agua, Luis se sentó al lado de su hermano, clavó la punta de su puñal en un pedazo de lomo que le pareció bastante asado, y se puso á devorarlo con el mismo apetito que si hubiera sido un bifeck cocido en el hornillo de la taberna más confortable de Londres.

Pablo le contemplaba con tristeza.

—¿No comes?—le dijo Luis.

—No; sólo tengo sed.

—¡Bebel!—prosiguió Luis, presentando la funda á su hermano.

Este la tomó y bebió ávidamente algunos sorbos.

—¡Bébela toda!—dijo Luis.—La fuente no está lejos.

—No, gracias,—respondió Pablo;—por otra parte, he de hablar contigo

Luis miró á su hermano.

—Sí, hermano; ¡y muy seriamente!—añadió el herido.

—Habla,—dijo Luis.

—Es posible que te hayas engañado, creyendo que la columna volverá atrás.

—Es imposible que haga otra cosa,—respondió Luis.

—No importa; admitamos que no vuelve.

—Es que no lo admito,—insistió Luis.

—Pero yo lo admito,—dijo Pablo;—mejor dicho: para no contrariarte, lo supongo.

—¿Qué hay, pues?—preguntó Luis, mirando á su hermano con inquietud.

—Hay, que si mañana por la tarde no ha vuelto, irás tú á buscarla.

—¡Jem!—exclamó Luis, con acento que significaba: «No es muy seguro.»

—¡Es cosa convenida, Luis! Además, ya discutiremos esto mañana.

—Sea.

—Mientras tanto, como, al fin y al cabo, tienes más probabilidades que yo de ver la Francia, deja que te haga una confesión.

—¿Una confesión?

—Sí... Escucha, hermano; pesa sobre mi conciencia una mala acción.

—¿Tú? ¡Imposible!

—Así es, sin embargo. Y para que muera sin remordimientos...

—Y ¿por qué has de morir?—interrumpió Luis.

—En fin, si debo morir, para que pueda morir sin remordimientos, has de prometerme reparar esa mala acción.

—Habla, y lo que un hombre pueda hacer por otro, lo haré.

—Hermano, vive en Alemania una niña... la hija de un pastor... del pastor de Abensberg. ¿Te acuerdas de la aldea en donde atentaron contra el emperador?

—Sigue.

—Esa niña, que se llama Margarita Stiller, ¡fué deshonrada por mí!

—¿Por tí?

—Te lo he dicho... Es más que una mala acción: ¡es un crimen! Mira: no sé por qué, si bien me ocurre con frecuencia, estaba pensando en esa joven cuando me ha herido el casco de metralla. «¡Castigo de Dios!», me he dicho. Y he caído.

—Hermano...

—¡Cuántas ganas tenía de llamarte al caer, para explicarte, en dos palabras, lo que te digo extensamente ahora! Pero he pensado que era perderte conmigo, y no he hablado.

—¡Ah, sí! Pero yo he notado tu ausencia.

—¡Y me has buscado como hermano cariñoso! No te doy las gracias, Luis; lo que has hecho por mí, yo lo hu-

biera hecho por tí; pero en tu regreso he visto el favor del cielo, que tal vez me permita reparar mis culpas... Esa joven que deshonré, que violé á la fuerza!—¡qué quieres! ¡estaba ebrio de pólvora y de cólera!—; esa joven estaba prometida: su novio era Federico Staps, el que atentó á la vida del emperador en Schœnbrünn.

—¿Staps?

—¡Ah, sí!... Parece novela. Ese Federico Staps, que me había visto en una reunión de iluminados —no tengo tiempo para contarte por qué estaba yo allí—, me llamó á su prisión, y me suplicó le acompañara al lugar del suplicio, y que cuando hubiera muerto tomase un medallón que guardaba en el pecho y leyera un papel que guardaría en su mano derecha; después de leer el papel, debía entregarlo al coronel que había presidido el consejo de guerra y le había condenado á muerte. Todo se lo prometí; le acompañé hasta el lugar del suplicio, y cayó traspasado por cinco ó seis balas.

—Y ¿tomaste el retrato?

—Sí, lo tomé y leí el papel... El retrato ¡era el de Margarita Stiller!

—¡Oh!...

—Espera... El papel contenía tres palabras y una firma: «Concedo la gracia.—Napoleón».

—¡Hermano!

—¿Comprendes? ¡No quiso valerse de dicha gracia! ¿De qué le hubiera servido? Su amante había sido deshonrada por un miserable... ¡Y el miserable era yo!

—¡Pablo! ¡Pablo!

—¡El miserable, Luis, era yo!—repitió Pablo.—Si muero, ¿lo oyes bien?, tú has de ser mi heredero; cada uno de nosotros posee una fortuna de unos cien mil francos; tú no necesitas los míos. Yo te digo, pues: «Hermano, no sé si podrás encontrar á esa mujer; pero, una vez logres volver á Francia, irás á Alemania, ¿no es cierto?

—Sí, hermano.

—Buscarás á Margarita Stiller... Su padre, te lo repito, era pastor en Abensberg, en 1809.

—Sí, hermano.

—Apenas la encuentres, le dirás lo que ha ocurrido; que Dios me ha castigado y cómo en una desierta cabaña, oyendo el aullido de los lobos y los hurras de los cosacos, te he contado esta miserable aventura; que tú me has prometido reparar mi crimen, en lo que semejante crimen es

reparable, y le das toda mi fortuna. Para ayudarte á reconocerla, aquí tienes su retrato.

Y sacó de su seno el medallón que había tomado del pecho de Staps.

Luis colgó de su cuello la cadena de cabello, y dijo:

—¡Queda tranquilo, hermano!

—Tu mano,—pidió Pablo.

—Aquí la tienes.

—Ahora, procura dormir; tienes necesidad de todas tus fuerzas para mañana.

—¿Cómo quieres que duerma?

—¡Pruébalo! Yo voy á hacer lo mismo.

Luis se levantó; echó algunas ramas de abeto al fuego, próximo á extinguirse; luego, tomando un tizón de la hoguera, lo arrojó, volteando, en medio de los lobos, que, atraídos por la carne asada, pero mantenidos á distancia por el fuego, formaban semicírculo alrededor de la cabaña, mientras otros husmeaban por los intersticios de las maderas.

Los lobos, asustados por el tizón, que cayó en medio de ellos, huyeron aullando.

La hoguera proyectó una viva llama; Luis se envolvió en su capote y se tendió al lado de su hermano con la intención de no dormir; pero, al cabo de una hora, el cansancio y la necesidad de sueño, tan imperioso en la juventud, empezaron por confundir los objetos ante sus ojos y las ideas en su espíritu, las cosas se fueron haciendo indistintas y vagas, y después se extinguió todo, lo mismo en sus miradas que en su cerebro: dormía.

Al apuntar el día, se despertó bajo la presión de una mano.

Abrió los ojos: era Pablo que interrumpía su sueño.

—Hermano,—dijo,—¡tengo sed!

Luis se frotó los ojos, recogió sus recuerdos, agarró la funda que le servía de calabaza y se encaminó hacia el barranco.

Apenas hubo salido de la cabaña, oyó detrás de sí la detonación de un arma de fuego, y se volvió atrás, aquejado por un siniestro presentimiento.

Pablo, comprendiendo que con el muslo roto era un obstáculo para que su hermano pudiera huir, acababa de saltarse la tapa de los sesos.